

móviles pequeños. Esta servidumbre engendró la inconsecuencia. Hasta en los momentos de su mayor elevación aparente no desempeñó Luis el primer papel ni llegó nunca á ser árbitro de la situación. Por esto estuvo siempre dispuesto á transigir y pactar, y á sacrificar en todo ó en parte el gran principio que pretendía defender tan pronto como se le ofrecían algunas ventajas secundarias y comparativamente mezquinas pero para él principales. Verdad es que la lucha adquirió proporciones que la hicieron un suceso histórico capital, pero esto no fué debido á la participación de Luis, que ni siquiera supo utilizar, como habría podido, el gran momento crítico, y aun se mostró indeciso, mezquino, egoísta y fué causa del éxito lamentable de toda la lucha.

En 18 de diciembre de 1323 contestó Luis en Nuremberg á la intimación del Papa protestando solemnemente ante un notario y testigos de la nueva teoría política planteada por Juan XXII respecto de la corona real de Alemania, y acusando al propio tiempo al Papa de herejía por tomar partido por los minoritas, que estaban siempre en guerra con los obispos y el clero parroquial. Esta disputa tuvo entonces á la Iglesia en gran agitación; nada tenía que ver con el conflicto entre el rey Luis y la curia, mas el rey, justamente irritado contra Juan XXII, se hizo precipitadamente instrumento de uno de estos dos bandos eclesiásticos para poder acusar al Papa de hereje. Alguien influyó probablemente á última hora en su ánimo, hallándose en Nuremberg, para esta acusación, porque es evidente que el rey ni siquiera se informó de lo que se trataba entre los obispos y los minoritas, es decir que se hizo instrumento de un partido cuyo objeto ignoraba. Solo así se explica que á las pocas semanas cambiara de opinión, sirviendo á los minoritas contra los obispos con la misma decisión con que hasta entonces había servido á éstos contra aquellos. En 22 de enero de 1324 repitió el rey en Sachsenhausen su protesta contra las pretensiones papales y su acusación de herejía contra Juan XXII; pero esta vez no como protector sino como adversario de los minoritas, en especial de los franciscanos, los defensores acérrimos de la pobreza apostólica del clero, y declaró á Juan XXII incapaz para la dignidad pontificia porque no cumplía el precepto del Evangelio.

Esta disputa sobre la pobreza del clero tampoco tenía nada que ver con el conflicto entre el rey Luis y el Papa; lo que pretendía Luis era mover á favor suyo fuerzas hostiles al papado, y al mismo tiempo atraerse á un partido importante y poderoso, que tenía gran influencia sobre el pueblo bajo, al cual podía disponer á favor del rey. La disputa de la pobreza del clero, que conmovía á la Iglesia desde muchos años antes, se rozaba con las cuestiones de principios mas importantes y era por sí sola una crítica abrumadora del carácter absolutista del papado. Todas las fuerzas que trabajaban en esta dirección podían agruparse alrededor del rey Luis como centro directivo, lo cual era indudablemente para Luis y para la causa que representaba un gran beneficio, pero al mismo tiempo imponía al rey también deberes nuevos y grandes, deberes que el rey Luis no cumplió.

Las órdenes menores debieron su origen á una especie de oposición piadosa al derrotero mundano en que había entrado la Iglesia, como consecuencia ineludible de su ambicionado dominio universal. Los franciscanos especialmente marcaron su oposición insistiendo en la observancia rigurosa del precepto apostólico de pobreza y del correspondiente precepto de su regla, y prohibían no solamente á los miembros de la orden sino á ésta misma como entidad colectiva toda propiedad terrenal. Las dificultades que se oponían en la práctica á la observancia estricta de este precepto se habían eludido hasta entonces dando á las propiedades y bie-

nes terrenales adquiridos por la orden el carácter de propiedades del Papa, que cedía á ella solo el usufructo. Los antiguos adversarios de la orden, los dominicos, persiguieron en Narbona con la inquisición á un franciscano que sostuvo el precepto de pobreza de su orden fundándolo histórica y dogmáticamente con el ejemplo de Jesucristo y de sus discípulos, que no poseyeron bienes terrenales. Esto renovó la antigua disputa con mayor violencia que nunca, y la energía con que el capítulo general de la orden franciscana tomó la defensa del hermano perseguido, condujo á la ruptura con el papado. Este se vió atacado en lo mas vivo con las declaraciones enérgicas de la orden á favor de la pobreza absoluta, lo cual debía conducir infaliblemente á las mismas consecuencias señaladas en su tiempo por Arnaldo de Brescia. Juan XXII, en el mes de julio del año 1322, renunció al título simulado de propiedad de todos los bienes que en realidad pertenecían á la orden, la cual quedó entonces súbitamente comprometidísima y colocada en la alternativa mas penosa.

Esta disputa sobre la pobreza, cuestión de principios decisiva para la posición de la Iglesia y del papado, volvió á poner sobre el tapete otros problemas afines, que condujeron á su vez forzadamente á reclamar de la Iglesia ciertas reformas. La degeneración del papado, cuyo representante había llegado á ser un cortesano dependiente de la gracia de los reyes de Francia y de Nápoles; el efecto desmoralizador que la estancia en la voluptuosa Aviñon ejercía sobre el alto clero, muy mezclado ya con elementos extranjeros; la decadencia del gobierno y disciplina de la Iglesia, y mas que todo, el predominio descarado del vil interés pecuniario, habían perjudicado muchísimo la respetabilidad de la sede pontificia y despertado una oposición que no se contentó ya con simples críticas, sino que proponía reformas positivas, algunas de grandísima trascendencia. Esta oposición se manifestó en toda una voluminosa literatura que se ocupó también en examinar con penetrante sagacidad y precisión las relaciones del Estado con esta Iglesia degenerada, y llegó á conclusiones diametralmente opuestas á la posición en que Juan XXII se había colocado respecto del rey Luis. Los escritores reformistas tampoco tuvieron nada que ver por de pronto con la contienda de los alemanes por el trono real ni con el porvenir de Italia; pero su oposición al Papa les atrajo la alianza de Luis, con lo cual recibió éste lo que entonces le había faltado, el concurso de un partido militante, valiente, dirigido por genios arrojados, que no retrocedía fácilmente ante las consecuencias que pudiera producir la lucha, y que disponía de medios de primer orden para mantener una agitación y propaganda vivísimas que debía ganar para él y para la causa del trono continuamente nuevos partidarios. A la cabeza de este partido estaban los polemistas, que excitaban entonces la admiración de la gente y cuyos escritos atacaron al papado en su raíz, no por medio de la historia crítica, sino por medio de deducciones dogmático-escolásticas. Estos hombres fueron los adalides literarios de Luis, que sin mérito propio fué elevado á la categoría de cabeza y campeón de los partidos reformistas que asediaban y arremetían al papado (1).

Digno de nota es que los varones mas distinguidos de este grupo no fueron alemanes, sino italianos, franceses é ingleses, que se pusieron del lado de Luis en la creencia de tener en él y en el pueblo alemán los instrumentos para realizar sus ideas de reformas trascendentales. Luis solo por razones de conveniencia adoptó estas ideas, por parecerle excelentes

(1) Véase Riezler: *Los adversarios literarios de los papas en tiempo de Luis el Bávvaro* (obra escrita en alemán), Leipzig, 1874.

armas para obligar al Papa á hacerle concesiones en otro terreno muy distinto, y por cierto muy insignificantes en comparación de las que deseaban obtener aquellos adalides de la inteligencia.

La corte de Luis llegó á ser el centro y punto de reunión del partido reformista eclesiástico y político, y en opinión de los contrarios el cuartel general de todos los revolucionarios y herejes incorregibles. Allí encontramos al eminente italiano Marsilio, de la familia Raimondini de Padua, eclesiástico secular, médico, teólogo y político, uno de los profesores mas afamados de la universidad de París y elegido rector de la misma por los muchos profesores y oyentes en el año 1312. Seguíale en importancia su amigo y compañero de lucha Juan de Jandun, francés. Entre los dos escribieron y publicaron el celeberrimo y notabilísimo libro titulado: *Defensor pacis*, en el cual expusieron sistemáticamente las reformas y proyectos políticos que sustentaban, con una precisión y consecuencia que conmovieron el edificio carcomido de la Iglesia antigua y que valieron aun en época posterior á los autores del «Defensor de la Paz» la fama de herejes peligrosísimos. En este libro presentan los autores primero el derecho político del Estado y despues el de la Iglesia, segun las doctrinas del partido reformista, y en la tercera parte recopilan los principios obtenidos en una serie de conclusiones sustanciales. Como la mejor organización presentan la monarquía electiva limitada por estamentos, organización que por lo que se asemeja á la del imperio alemán de entonces, parece ser derivada de ésta, quizás para probar así mejor el derecho de Luis enfrente del papado. Las teorías del derecho de la Iglesia son en cambio completamente revolucionarias y se basan en que el poder supremo de la Iglesia está de derecho en la comunidad, cuyo representante es el emperador; y como los diferentes grados dentro del clero corresponden á funciones inherentes á la comunidad y han pasado de ésta paulatinamente al clero, no son de origen divino, como sostiene la Iglesia, sino que deberían ser establecidos por decision del emperador, que de consiguiente puede también modificarlos; de modo que el emperador tiene también el derecho de nombrar y destituir eclesiásticos, incluso el obispo de Roma. En su consecuencia, el derecho penal de la Iglesia se halla también sujeto á la autoridad del emperador, y la Iglesia solo puede ejercer el derecho penal bajo la vigilancia y con la aprobación del imperio. Corresponde segun esto también al emperador la disposición de los bienes de la Iglesia.

A este grupo se agregó también el inglés Guillermo de Occam, natural de Surrey, que había hecho sus estudios y había enseñado en París, y siendo despues provincial de la orden de San Francisco en Inglaterra, figuró mucho en la polémica sobre la pobreza, y fundado en este precepto, en su escrito *Super potestate summi pontificis* (Del poder del sumo pontífice), criticó duramente el estado de la Iglesia y la posición de su cabeza visible.

Tales proyectos de reformas eclesiásticas originados por la cuestión de la pobreza no fueron sino la natural reacción contra las exageradas pretensiones pontificias respecto de los tronos. De esta manera se trasladó la cuestión al terreno del derecho del Estado y al punto en el cual la habían colocado teóricamente Dante Alighieri y prácticamente Felipe el Hermoso. Es decir, que sobre la organización eclesiástica se quiso hacer prevalecer el orden civil, que no tenía mas norte que el Estado, sus derechos y su interés. Esta opinión de los defensores de la monarquía se desarrolló entonces sistemáticamente y penetró en los ánimos, sacándolos del círculo mágico eclesiástico, en el cual se habían movido hasta entonces: redención intelectual que emprendida algunos decenios antes

por los franceses, parecía á la sazón deber realizarse en Alemania. Fué aquel un momento solemne y decisivo para esta nación, en el cual estuvo á punto de entrar en una nueva órbita, de reunir sus fuerzas desmembradas y de formar un Estado nacional unido; pero Luis el Bávvaro no era otro Felipe el Hermoso, que con la clase media francesa, penetrada de lo que convenía á la honra nacional y á la dignidad de la corona, y con aquella nobleza digna y animada del sentimiento de nacionalidad, pudo dominar los elementos contrarios y obligar al clero á seguirle en su empresa. Luis el Bávvaro era incapaz de elevarse sobre los intereses particulares de su casa; no supo aprovechar la cooperación voluntaria del clero liberal de todas las naciones, ni la del pueblo alemán, que empezaba á sentirse inspirado por cierto espíritu nacional, ni la fidelidad de los príncipes alemanes, de que tan raros ejemplos ofrece la historia de Alemania. Muy al contrario, hizo fracasar lastimosamente un movimiento llamado á producir cosas grandes queriendo hacerlo servir á fines mezqui-



Sello del convento de minoritas de Erfurt (tamaño natural).  
Se conserva en el Archivo del Estado, en Berlín

nos. Fué entonces una fatalidad para Alemania el tener á su cabeza en momentos tan solemnes un rey que no estaba á la altura de la situación.

La enorme tensión de los ánimos en toda aquella época exacerbó el conflicto entre Luis y la curia de Aviñon. Juan XXII contestó en 23 de marzo de 1324 á la protesta de Sachsenhausen con la excomunión del rey Luis. También excomulgó á sus partidarios en Italia, y hasta se proclamó una cruzada contra su jefe, Galeazo Visconti, de Milan; mas nada de esto produjo efecto. El rey Luis, con el asentimiento de los príncipes del imperio, agregó á sus Estados el marquesado de Brandeburgo, que recayó en la corona por haberse extinguido la familia Ascania, y con esta adquisición obtuvo una posición fuerte también en el Norte.

Juan XXII, exasperado, declaró en 4 de julio de 1324 destronado á Luis; pero también este acto de rigor fué por lo pronto letra muerta, y hasta parece que el Papa vaciló en llevar las cosas hasta las últimas consecuencias inevitables, porque quizás le atemorizaron la alianza del rey con los minoritas, adversarios de Juan XXII, y las grandes proporciones que iba tomando por momentos la oposición político-eclesiástica dirigida contra el pontificado. Por esta razón acaso el Papa, en su contestación á la protesta de Sachsenhausen, no hizo mención de Luis personalmente sino que se limitó en este documento á exposiciones, por decirlo así, teóricas. Esta actitud expectante de Juan XXII favorecía los intereses del papado, pero no los de los Anjou de Nápoles. Por eso á instancias de ellos dió el Papa otro paso hostil, declarando vacante el trono de Alemania, por la destitución de Luis, y tomando al propio tiempo disposiciones para orga-

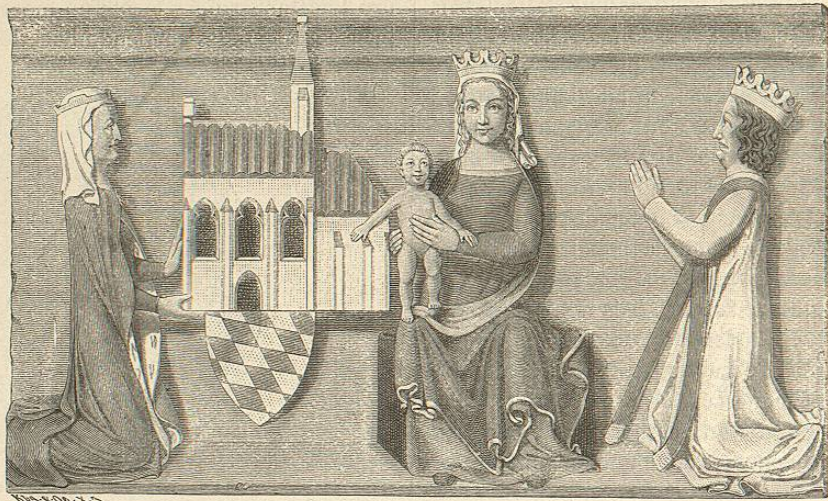


nizar una nueva eleccion, muy contra el estado de cosas existente en Alemania, donde Luis, dueño de Baviera y de Brandeburgo, y conservando prisionero á su competidor Federico, habia sido reconocido por todos y ejercia las atribuciones reales como rey de Alemania á pesar de la enemistad, que continuaba viva, entre él y los Habsburgos.

De acuerdo con Carlos IV de Francia, entró el Papa en inteligencia con Leopoldo de Austria. Libertar á Federico de su prision y sentarle en el trono de Alemania era empresa imposible, y aun tal vez no se trató de esto entre ellos, porque en el fondo las intrigas del Papa y del gobierno francés en Alemania tenian un objeto totalmente distinto. El duque Leopoldo, movido solo por el odio que tenia á Luis y sin la menor idea de lo que debia á Alemania, tuvo una entrevista con Carlos IV de Francia y le prometió su cooperacion para

obtener la corona de Alemania en cambio de algunas ventajas á favor de la casa de Habsburgo; mas como no habia probabilidad de lograr los votos de los príncipes electores, se concertó una especie de golpe de Estado y un cambio radical de la constitucion ú organizacion política de Alemania, y se convino que en el último extremo el Papa nombrara simplemente al futuro rey de Alemania.

Así las cosas, un cambio sorprendente é inesperado rompió la red que habian preparado al rey Luis para perderle el deseo de venganza del Habsburgo, la ambicion del rey de Francia y el orgullo del Papa. Por uno de los movimientos afortunados de moralidad política que á veces impulsaban á Luis y que le habian elevado á la altura á que habia llegado, él mismo se entendió directamente con su prisionero, competidor y amigo de la juventud, el cual le recibió como ami-



El emperador Luis el Bávaro y su esposa ofreciendo á la Virgen el modelo de la iglesia de San Lorenzo de Munich, que mandaron edificar en 1324. (Relieve existente en la propia iglesia)

go y patriota aleman, y en marzo del año 1325 convinieron los dos en las bases de una conciliacion en el castillo de Transnitz (1). En virtud de este convenio recobró Federico su libertad bajo la promesa de inducir á Leopoldo á deponer las armas y á reconocer por rey de Alemania á Luis, y bajo la condicion de volverse á constituir prisionero si no lograba estas dos cosas. Los contrarios de Luis creyeron en el primer momento haber ganado la partida; Juan XXII, muy satisfecho de ver derrumbada la molesta candidatura del francés al trono de Alemania, ofreció á Federico reconocerle por rey; pero aunque le quiso absolver del juramento que habia prestado á Luis, no pudo recabar de Federico que faltara á la promesa dada; y como Leopoldo no aceptó las consecuencias del convenio de Transnitz, volvió Federico á constituirse prisionero. Mas ya estaba roto el hielo entre los dos amigos; y urgiendo hacer frente á los proyectos perniciosos de los contrarios por medio de una reconciliacion franca, completa y leal, anteponiendo los intereses generales del imperio á los particulares de las casas de Habsburgo y de Wittelsbach, convinieron en compartir entre los dos el poder real que hasta entonces se habian disputado y en rechazar en comun los proyectos franceses y papales. Sobre esta base firmaron en 5 de setiembre de 1325 en Munich un nuevo convenio para compartir en adelante el gobierno de Alemania, estipulándose que uno de los pasaria á Italia

(1) En el Alto Palatinado bávaro.

para obtener allí la corona imperial. De haberse realizado este pacto, habrian quedado completamente destruidos los planes franceses y pontificios, al paso que la nueva ingerencia de los alemanes en Italia amenazaba desbaratar todas las ventajas que Roberto de Nápoles habia conseguido hasta entonces. Los enemigos de Alemania hicieron todo cuanto pudieron para impedir la realizacion del convenio de Munich y el Papa consiguió que los príncipes electores lo rechazaran; pero en 7 de febrero de 1326 Luis y Federico hicieron un nuevo pacto en Ulm para desvanecer los escrúpulos de los príncipes electores respecto del proyectado gobierno en comun de Luis y de Federico, disponiendo que éste gobernaría solo en Alemania y que Luis pasaria á Italia para conquistar allí, con el auxilio de Leopoldo de Austria, la corona imperial que debia ceñirse en Roma. De ahí, especialmente de la necesidad muy ponderada de pasar á Roma, se infiere que Luis habia entrado ya entonces en los planes del partido reformista contrarios al papado, y que de consiguiente seguia una política mas levantada que antes. La expedicion á Italia no era ya un simple recurso para desviar al Papa de toda nueva ingerencia en Alemania, porque gobernando Federico allí no tenia el Papa pretexto para intervenir, sino el medio de preparar la realizacion del programa de los fanáticos minoritas, hostil al Papa. Desde el año 1325 vivia en Munich en la corte del rey Luis el jefe espiritual del partido minorita activo, Marsilio de Padua, que habia tenido que huir de Francia. A pesar de todo no llegó á efectuarse el convenio de Munich,

porque la potencia á la cual Luis habia hecho las mayores concesiones, sufrió una serie de desastres que la pusieron por de pronto fuera de combate y no hubo ya por qué contar con ella. En febrero de 1326 murió el duque Leopoldo y al año siguiente su hermano Enrique, lo que dió lugar á una lamentable contienda por la herencia entre los hermanos menores y Federico. Este, afligido ya por la muerte de su esposa, se retiró de la vida pública y murió en el año de 1330 en el silencio de su retiro.

Desde el convenio de Ulm no pensó el rey Luis mas que en Italia. La marcha á Roma era para él una consecuencia de su alianza con los minoritas; y el papado, que estaba fuera del alcance de sus adversarios en Aviñon, bajo la égi-

da de Francia, solo podia ser atacado en Roma. Allí podia el rey contrarrestar los planes de los Anjou de Nápoles, y solo allí podia desviar los peligros que amenazaban de nuevo de parte de Francia. Además los gibelinos le instaban á que pasara á Italia, y en su consecuencia concertó con ellos una reunion en Trento para el mes de febrero de 1327. A su llegada encontró una reunion imponente, pero los allí reunidos le expusieron la situacion y le dijeron que si no pasaba con ellos inmediatamente por el monte Brenner á Italia para socorrer á los gibelinos, asediados por sus enemigos y muy apurados, en cuyo caso le prometian aprontar fuerza armada y dinero en abundancia, harian ellos la paz con el partido papal. Por lo demás, no habia nada preparado para



Coronacion de Luis el Bávaro como rey de Italia por Guido Tarlati de Pietromala, obispo de Arezzo, en la iglesia de San Ambrosio de Milan (1327).

Al lado de Luis está su esposa y detrás de ellos su séquito de guerreros; en el fondo se ven dos heraldos. Las dos coronas, la de hierro y la de Teodolinda, se conservan, segun se cree, en Monza, pero no son como las figuradas en el relieve, que forma parte del sepulcro del obispo Tarlati, construido en Arezzo en vida del citado emperador por los hermanos Agustín y Angel de Siena.

emprender una campaña tan seria; los gibelinos reunidos en Trento querian que se emprendiese como una excursion de caza decidida repentinamente; y sin embargo, si Luis se negaba á ello, tenia que renunciar *ipso facto* y para siempre á toda intervencion en Italia. Por tanto, despues de alguna vacilacion, aceptó, prometiendo en 16 de febrero emprender inmediatamente la marcha al Sur. Probablemente contribuyeron á esta resolucion los consejeros minoritas del rey, porque allí mismo fué declarado Juan XXII otra vez indigno de ceñir la tiara por herético.

En 14 de marzo púsose el rey en marcha con algunos centenares de jinetes alemanes, sin la cooperacion de ningun magnate aleman. Solo en casos raros y afortunadísimos puede salir bien una empresa como la marcha de Luis á Roma, atendidas las condiciones y circunstancias en que la emprendió, sin hacerse cargo al parecer de las contingencias á que se exponia. Le tenia dominado el anhelo de ser coronado emperador, ilusion que le deslumbraba y no le dejaba ver su verdadera situacion. Habló de su deber de conservar á los alemanes el dominio del mundo y declaró que antes de renunciar á cumplirlo preferiria morir. Las ventajas sor-

prendentes que obtuvo al principio le confirmaron en su opinion: las ciudades gibelinas de Lombardia le recibieron con júbilo; Galeazo Visconti salió á recibirle y la ciudad de Milan le hizo una acogida solemne y allí se ciñó, en la fiesta de Pentecostés, la corona de hierro; pero inmediatamente despues ocurrieron cosas que disgustaron al rey y á los gibelinos, los cuales empezaron á desconfiar de la rectitud de sus intenciones. Fuese que Galeazo Visconti se mostrara rehacio en facilitar al rey el dinero que necesitaba, fuese á consecuencia de la enemistad que reinaba entre Galeazo y sus hermanos, de los cuales uno, Marco, estuvo al parecer en inteligencia secreta con los alemanes para suplantar á su hermano, el caso fué que Galeazo Visconti y todos sus hermanos fueron presos súbitamente y encerrados en calabozos, y la ciudad se constituyó otra vez en república bajo la tutela de un vicario del imperio nombrado por Luis. Este suceso debilitó la posicion del rey, cuyo sostén mas valioso habia sido aquel mismo Galeazo Visconti, á quien Luis habia colmado de honores y distinciones hasta entonces. A la noticia de la presencia del rey en Lombardia se alzaron en Roma los gibelinos, y los partidarios de los Anjou salieron con los